

nicas de índole muy diversa desarrolladas por especialistas procedentes de distintos campos, a menudo sin ninguna relación directa con la lingüística tradicional. Lo cierto es que, hasta hace muy poco, ni siquiera se había planteado la posibilidad —la utilidad— de unificar un cuerpo de conocimientos teórico-prácticos en torno al lenguaje capaz de marcar una orientación dentro de la lingüística. Desde una perspectiva histórica, ésta es la etapa por la que atraviesa actualmente la lingüística aplicada, y que se caracteriza por la confluencia de dos fuerzas antagónicas: por una parte, la que impulsa la coordinación entre estudios sobre objetos lingüísticos más o menos distantes pero con finalidades prácticas similares; por otra, la que tiende a separar, a causa de la creciente especialización, los diversos temas de estudio. Estas fuerzas, que pueden calificarse respectivamente de centrípeta y centrífuga, no difieren en exceso, como es lógico, de las que han actuado históricamente y aún siguen actuando en otros dominios científicos.

Sea cual sea el *status* preciso que vaya adquiriendo la lingüística aplicada en función de estas fuerzas y tendencias, es indudable que las demandas sociales y profesionales del mundo actual justifican sobradamente la necesidad de profundizar e impulsar los estudios aplicados y, por consiguiente, los análisis en que convergen los aspectos teóricos y prácticos de las ciencias del lenguaje, tan diversas —inevitablemente— como puedan serlo las funciones que cumple éste en las sociedades contemporáneas.

DE PROFESIÓN, LINGÜISTA . RANOCAMA DE LA
LINGÜÍSTICA APLICADA

LUÍS PAYRATÓ

ARIEL LINGÜÍSTICA 2005

CAPÍTULO 2

LINGÜÍSTICA Y LINGÜÍSTICAS

2.1. Exportaciones y aplicaciones

Fuera del ámbito de las ciencias del lenguaje, el término *lingüística aplicada* podría haberse utilizado para denominar la «exportación» de conceptos, vocablos o métodos de la lingüística a otras ciencias. El beneficio de estudiar los préstamos intercientíficos radica precisamente en que permite describir múltiples conexiones entre las ciencias; recordemos el caso, por ejemplo, de la matemática aplicada a la física, o de la informática «importada» por infinidad de ámbitos actuales de investigación. Pero no ha sido así, y *lingüística aplicada* no se ha empleado para dar nombre a tales exportaciones. La razón no debe buscarse en la inexistencia de este tipo de «comercio», por ejemplo hacia la semiótica, la psicología o la antropología; de hecho, la lingüística ha ocupado a menudo una posición de vanguardia entre las llamadas ciencias *humanas, sociales* o ciencias «blandas», pero los traslados no han alcanzado la entidad suficiente para recibir una denominación unitaria. Por lo que se refiere a las demás ciencias, entre las llamadas *naturales, experimentales* o ciencias «duras», en contraste con las anteriores, la matemática —gracias a su carácter de ciencia propiamente *formal*— ha sido desde siempre la más «exportadora» en la tradición erudita; tanto es así que más de

un matemático acostumbra a decir que la matemática pura constituye tan sólo una pequeña parte de la matemática aplicada.

Dentro de las fronteras de las ciencias del lenguaje, la definición (y la concepción que refleja) más elemental de la lingüística aplicada, derivada del significado literal de las palabras que conforman dicho sintagma, es la de subdisciplina o rama lingüística que consiste en *aplicar teorías lingüísticas a un dominio práctico*. Se trata seguramente de una definición inevitable, fundamentada en el rótulo que le sirve de presentación y reforzada por la aparente analogía con otras disciplinas afines: *matemática aplicada, psicología aplicada*, etc. Sin embargo, el valor de una definición como ésta es más bien exíguo y se limita a esbozar un camino introductorio. De hecho, las definiciones de este estilo podrían ser las responsables de muchas de las confusiones y tergiversaciones que se han producido en la historia de la disciplina, que también deben de ser inevitables y que siguen perdurando con una desdichada vitalidad.

La única alternativa para contrarrestar equívocos y concepciones erróneas (o, como mínimo, poco útiles) consiste en presentar la lingüística aplicada como algo bastante más complejo que lo que da a entender la definición anterior. Para adentrarse en dicha alternativa hay dos vías posibles, que se seguirán a continuación: en primer lugar, esbozar las razones y circunstancias del nacimiento y desarrollo de la lingüística aplicada; en segundo lugar, analizar de forma coherente los conceptos básicos de lo que puede denominarse una perspectiva o dimensión aplicada de una ciencia. En el caso que nos ocupa, el de la ciencia lingüística, tales conceptos serían *teoría, práctica, aplicación, intersección y comunicación*.

2.2. Perfil histórico de la lingüística aplicada

El comienzo de la lingüística aplicada, como el de cualquier otra disciplina, no tiene una fecha fija. En este caso, la metáfora del «nacimiento» científico puede concretarse diciendo que se produce entre las décadas de los años cuarenta y cincuenta en diversos centros académicos de Estados Unidos, especialmente interesados por la enseñanza y el aprendizaje de idiomas (las denominadas a menudo en terminología lingüística *segundas lenguas*). Sin embargo, esta circunstancia no debería llevar al olvido a los múltiples y remotos antecedentes que podrían recopilarse en este dominio concreto y en cada una de las otras subáreas que actualmente suelen reconocerse como integrantes de la lingüística aplicada, precedentes que es necesario rastrear en todas las tradiciones lingüísticas y no sólo en la norteamericana. En esta última, y para citar un ejemplo bastante representativo pero muy poco recordado, Collitz (1925), en una breve nota con motivo del bautismo de la (con el tiempo) prestigiosa revista *Language*, ya hacía referencia a una dimensión *aplicada* de la lingüística, junto con una dimensión general (o *sincrónica*, en un término posterior) y otra histórica o evolutiva. En palabras textuales: «a una tercera subdivisión de la lingüística —como las demás, de grandes dimensiones— podemos asignarle el nombre de lingüística “práctica” o “aplicada”».

Sea como fuere, la lingüística aplicada nace íntimamente ligada al aprendizaje de las lenguas; en sentido estricto, de las segundas lenguas o idiomas. Este campo será uno de los más característicos de la disciplina, hasta el punto que, en ciertos momentos históricos y en ciertas tradiciones de estudio, *lingüística aplicada* y *enseñanza de lenguas* llegarán a convertirse en sinónimos. Aun así, las demandas sociales vinculadas a esta área concreta pronto empezarán a concebirse en paralelo con otras demandas igualmente tradicionales, pero consideradas hasta

entonces como tareas demasiado dispares o alejadas; por ejemplo, la elaboración de diccionarios, la traducción, el tratamiento automatizado de textos y, la más inmediata, la enseñanza de la lengua materna o primera. El florecimiento y la coordinación progresiva de las demandas sociales coinciden, además, con el establecimiento y consolidación de nuevos campos interdisciplinarios directamente implicados con las tareas anteriores: la psicolingüística, la sociolingüística, la antropología lingüística, la lingüística matemática, etc. Resulta imposible establecer una datación exacta de tales confluencias y de la nueva concepción que va perfilándose, a menos que se evoquen y repasen una a una las tradiciones de estudio en los correspondientes países o culturas. En cualquier caso, el fenómeno descrito se generaliza poco después de la II Guerra Mundial y se manifiesta en toda su magnitud a lo largo de las décadas de los años sesenta y setenta.

En definitiva, más que del nacimiento repentino de una disciplina (o subdisciplina, en relación con la «gran» lingüística), deberíamos hablar de un *continuum* de confluencias en tradiciones diferentes, que representan una *dimensión aplicada* de la lingüística. Como es lógico, pueden encontrarse precedentes conceptuales o primeros testimonios a lo largo de toda la historia de la lingüística: la enseñanza de la lengua (primera o segunda), los contactos interlingüísticos, la traducción, las perturbaciones comunicativas, la elaboración de diccionarios (monolingües o bilingües) y muchos otros temas constituyen áreas de estudio que incluso desbordan la propia lingüística. Se comprende, pues, que los albores de la lingüística (general) y de la lingüística aplicada acaben confundiendo irremediablemente. De todas maneras, la culminación más explícita de las confluencias mencionadas, si tuviéramos que fecharla, coincidiría con un hito de notable resonancia: la celebración en 1964, en Nancy (Francia), del I Coloquio Internacional de Lingüística Aplicada, el primero de una serie ininte-

rrumpida de multitudinarios congresos cuyas últimas ediciones han tenido lugar en Sydney (1987), Tesalónica (1990), Amsterdam (1993), Jyväskylä (Finlandia, 1996), Tokyo (1999) y Singapur (2002).

2.3. Lingüística (general) y lingüística aplicada

Un repaso somero de la historia de la lingüística aplicada ayuda a comprender que una definición tan simple como *la aplicación a un dominio práctico de las teorías lingüísticas* es excesivamente reduccionista e incluso conduce a una concepción trivial de la disciplina.

El mismo terreno que ha actuado —con mayor o menor éxito según el momento— como núcleo aglutinador de la lingüística aplicada, el de la enseñanza y aprendizaje de segundas lenguas, constituye una de las muestras quizá más evidentes de la escasa fortuna de la definición anterior. En efecto, y en contraste con una concepción estricta y tradicional de la lingüística, entendida como ciencia que estudia los principios genéricos (e inmanentes) del lenguaje verbal humano, la tarea de enseñar y aprender un idioma revela de entrada que la simple aplicación —en el sentido de «transvase» o «traslado»— de la teoría lingüística a un nuevo objeto de análisis (no tradicional, no inmanente) suele resultar infructuosa: porque es irrelevante o porque, como mínimo, es insuficiente. Los conocimientos actuales de lo que se denomina habitualmente *teoría lingüística* (o *lingüística teórica* o *gramática teórica*, que es probablemente el sintagma más apropiado) no pueden garantizar en absoluto —una vez transvasados— que la empresa de enseñar y aprender una nueva lengua resulte fructífera, ya que esta tarea exige conocimientos de índoles muy diversas: pedagógicos, en el momento de programar secuencias de aprendizaje; psicológicos, en la medida en que es necesario enfrentarse a comportamientos y a innumerables dife-

rencias de orden personal; antropológicos, pues el aprendizaje de una lengua constituye en último extremo un proceso de aculturación; etc. Aparte de tales conocimientos, cuando esta tarea se ha de concretar a nivel profesional o de investigación, resultan imprescindibles además una serie de técnicas específicas y unas habilidades teórico-prácticas: *aplicadas*.

La situación descrita no es exclusiva del campo de la enseñanza y el aprendizaje de segundas lenguas. Muy al contrario, es el paradigma de cuanto sucede en la mayoría de las restantes áreas que hoy en día tienden a englobarse dentro de la lingüística aplicada. La lingüística tradicional, con un ámbito demasiado reducido, y la que se desarrolla en parte como su sustituto —etiquetada a menudo con un término tan equívoco como *lingüística teórica*— no aportan las teorías pertinentes para solucionar los problemas que se plantean en la vida social y que, en última instancia, determinan la razón de ser de la lingüística aplicada. Por consiguiente, ésta necesita, desde el mismo instante de su nacimiento, una dimensión teórica que aborde no sólo su articulación interna (determinación del objeto, objetivos y metodología) sino también el análisis del propio objeto. En otras palabras, la lingüística aplicada teorizará desde el principio sobre lo que podrían denominarse *áreas laterales o periféricas* de la lingüística «clásica». Así pues, esta teorización discurrirá en paralelo con la de la corriente de investigación fundamental de la lingüística —centrada en la gramática—, la más tradicional a lo largo de la historia, la más restringida en cuanto al objeto de estudio y la más teórica en el sentido de que es la que alcanza el nivel de abstracción más elevado. Dicha corriente adopta como foco de estudio los principios genéricos e inherentes del lenguaje verbal humano, como capacidad mental (cognitiva), y el análisis de las lenguas (en realidad, de sus gramáticas) como sistemas abstractos a través de los cuales se materializa tal capacidad.

La oficialización de estas denominaciones, en esencia las de *lingüística teórica* y *lingüística aplicada*, ha conducido al concepto erróneo de que esta última carece de dimensión teórica (como conocimientos y principios generales que forman el cuerpo de una disciplina). De nuevo, un repaso detenido de la historia de la lingüística aplicada demostraría con facilidad que dicha concepción resulta absurda o, cuando menos, excesivamente reduccionista y elemental. Lo que en el fondo ha caracterizado a la lingüística aplicada —y lo mismo podría decirse de muchas otras ciencias *aplicadas*— es la finalidad u objetivo último de la teorización, que reorienta la simple adquisición de conocimientos sobre un objeto de análisis para plantear la resolución de problemas prácticos; éstos son propios de la interacción social y exigen un tipo concreto de tratamiento y respuesta, que es inabordable desde un núcleo teórico construido al margen de posibles aplicaciones.

La reorientación de los objetivos se acompaña normalmente —al igual que en todas las ciencias aplicadas— de una reducción en el grado de abstracción de la teoría, en contraste con las corrientes de investigación fundamentales o «nucleares», pero tal reducción no significa que las dimensiones aplicadas se conviertan en meras *técnicas (aplicaciones)* en el sentido convencional de la palabra) o en rutinas o recetas casi algorítmicas que resuelven problemas o conflictos de una manera mecánica. *Teoría y práctica* son conceptos propios de cualquier ciencia, pero no se sitúan en el mismo ámbito que el concepto de *aplicación*. La concepción pauperista de una lingüística puramente teórica, que actúa como fuente para una lingüística «aplicada» (puramente «práctica»), la cual se limitaría por tanto a ser el receptáculo de una serie de traspasos, debería sustituirse por una concepción que discrimine entre un tipo de teorización —y en general, para utilizar una palabra más adecuada, de *indagación* o *investigación* lingüísti-

ca— de carácter no (necesariamente) aplicado y una teorización e investigación de naturaleza fundamental o parcialmente aplicada. Entendida en estos términos, la lingüística aplicada no es ningún antónimo de «la lingüística» (general, teórica o sin atributos) ni se sitúa tampoco en una posición jerárquicamente inferior a ella: ambas adquieren carácter complementario o interdependiente. La relación establecida se plasma en un modelo de *circuliaridades*, no de *subordinaciones*: la lingüística aplicada no se su-bordina a la teoría (central o nuclear) del lenguaje; se sirve de ella, la (re)construye y la completa de manera interdisciplinaria. En definitiva, pues, la lingüística aplicada puede concebirse como una orientación o dimensión de la investigación lingüística, propia de todos los campos de estudio incluidos en las ciencias del lenguaje que, partiendo de marcos (*teóricos*) interdisciplinarios, persigue como objetivo la resolución de problemas (*prácticos*) derivados de la praxis lingüística, del uso lingüístico en que se concreta la capacidad humana del lenguaje.

2.4. Rasgos fundamentales de la lingüística aplicada

El concepto de *aplicación*, formulado en la línea antes indicada, nos sitúa en un terreno de compromiso entre los polos extremos e hipotéticos de la pura especulación teórica y de la pura rutina. Desvinculado de su sentido convencional y entendido como un término propio de un vocabulario técnico, implica una habilidad o capacidad teórico-práctica; es decir, la combinación de una actividad teórica («diagnóstico»; análisis o valoración, y «terapia» o estrategias de actuación) con una actividad práctica de distinta índole (uso de medios, uso de técnicas e instrumentos, recopilación de datos, etc.). La conjunción de todas estas actividades determina la

actuación (teórico-práctica) de los lingüistas aplicados profesionales, así como la de los investigadores y «teóricos» de la lingüística aplicada, que es una dedicación paralela a la de cualquier otro científico aplicado: la teorización y experimentación, la investigación (teórico-práctica) aplicada, la mediación entre la teoría (como abstracción, *autónoma*) y la praxis (como actividad, orientada y finalista).

Dos conceptos complementarios permiten captar mejor el porqué del desarrollo o desarrollos que ha seguido la lingüística aplicada y el porqué de su estado actual; nos referimos a los conceptos de *intersección* (o *interdisciplinariedad*) y *comunicación*.

Es indudable que el panorama actual de la lingüística, en toda su extensión, se aviene mejor con el término de *ciencias del lenguaje* que con la denominación tradicional, por más adjetivos que se le añadan (lingüística general, *histórica*, *descriptiva*, *teórica*, *aplicada*, etc.). El fenómeno de expansión de los límites de la lingüística tradicional es fruto, evidentemente, de la intersección de dichos límites con los de otras disciplinas, o bien de matizaciones o cambios más sustanciales en las perspectivas de estudio. En cualquier caso, la intersección de los campos de análisis más tradicionales con los más novedosos ha revolucionado el panorama lingüístico y lo ha convertido en una especie de mosaico o red de subdisciplinas, con innumerables superposiciones pero también con particularismos en lo que se refiere a objetivos y métodos.

De una manera muy similar a la que explica las concepciones erróneas en torno a los términos *teórico* y *aplicado*, la legitimación —por convención o por tradición— de los límites de una lingüística muy reducida en su objeto de estudio produjo como réplica que el dominio de la lingüística aplicada se ensanchara de forma vertiginosa, llegando a poner en peligro incluso la posibilidad de hablar de una auténtica disciplina, con un

objeto de estudio y una metodología comunes. Dicho de otro modo, lo que no era concebible propiamente como *lingüística* pasaba a ser automáticamente *lingüística aplicada*, de forma que esta última adquiría de rebote connotaciones más bien negativas, en la línea de un terreno de estudio casi marginal.

En el momento actual, el resultado de este proceso histórico es que la *lingüística aplicada*, si se concibe en el ámbito más extenso posible, cubre todas las áreas de intersección entre el lenguaje y otras disciplinas; o sea, todo el cuerpo de conocimientos que van más allá del núcleo de la *lingüística «central»* o tradicional. Es innegable, sin embargo, que una concepción de este tipo acaba resultando paradójica, dado que en el seno de estas grandes subáreas vuelven a producirse distinciones —entre las corrientes de investigación— perfectamente equiparables a las comentadas con anterioridad en relación con los objetivos de estudio: unas, no (necesariamente) aplicadas; otras, fundamental o parcialmente aplicadas. Es lógico, pues, que se reproduzca una distinción dentro de cada subárea donde el criterio de aplicación vuelve a ser el criterio diferencial: junto a términos de gran magnitud como *lingüística general* y *lingüística aplicada*, podrían alinearse los nuevos dominios de alcance más reducido: *psicolingüística* y *psicolingüística aplicada*, *sociolingüística* y *sociolingüística aplicada*, etcétera.

La utilidad de concebir una especie de *macrolingüística aplicada*, como disciplina bien unificada y delimitada que reuniera el conjunto de todas estas intersecciones y aplicaciones, es más bien dudosa, a no ser que se entienda como un mero título de presentación que realice las diferencias con el núcleo de investigación básica de la *lingüística*. En el extremo opuesto, la concepción de una posible *microlingüística aplicada*, restringida exclusivamente al terreno más tradicional de la enseñanza y el aprendizaje de lenguas, tampoco resulta mucho más

positiva, en la medida en que ignora las interrelaciones, las coincidencias de múltiples tipos y los paralelismos entre diferentes subáreas de estudio. Sea como fuere, el resultado final de esta controversia es que, hoy en día, la *lingüística aplicada* no puede entenderse ya como una simple rama o especialidad «interna» (como la fonología, la lexicología o la sintaxis, por ejemplo) susceptible de ser «trasladada», ni tampoco como una (o algunas) de las intersecciones o interdisciplinas, sino que debe conceptualizarse como una *dimensión*, presente en todas las ramas de las llamadas ciencias del lenguaje.

La gran amplitud —y las consiguientes dificultades de delimitación— de la *lingüística aplicada* es debida, por una parte, a la inevitable interdisciplinariedad de los campos de estudio y, por otra, a la también inevitable diversificación y amplitud de las funciones sociales que desempeña el lenguaje humano. La *lingüística aplicada* nace y se desarrolla en terrenos de intersección, que son al mismo tiempo zonas en las que existen problemas de comunicación. Por ello, el concepto de *comunicación* (incluido el de *información*) subyace tras todas las áreas de la *lingüística aplicada* y las agrupa, lo que justifica el gran alcance de sus contenidos y la complejidad de trazar con claridad sus fronteras. No hay ningún problema derivado de la práctica *lingüística* que, en último extremo, no pueda reducirse a una cuestión comunicativa: su resolución, por tanto, deberá llevarse a cabo en el contexto de los estudios sobre los fenómenos comunicativos.